

Autor: Abilio Ayuso

ÁNGELA

Ilustrador Ronny Bravo



Relato basado en parte en una vivencia personal.

+16

En general los relatos, acostumbran a estar encasillados en uno, o como máximo dos géneros. O son románticos, o de aventuras, o eróticos, o filosóficos, o costumbristas, Etc...

Pero la vida real contiene amalgamados todos estos elementos y muchos mas.

Por eso en esta historia se puede encontrar de todo, como en la vida misma.

Era uno de esos días en que la soledad pesaba como una losa, no hay soledad peor que la de aquel que está mal acompañado, y "mi compañía", era como una condena a trabajos forzados.

Un error de juventud, mientras cumplía, el entonces obligatorio, servicio militar, me había "esposado" a la mujer más borde y egoísta que había parido madre.

En un tiempo récord, se encargó de cortarme todos los contactos con familia, amistades, conocidos, etc.. Dejó mi mundo social convertido en un desierto donde solo reinaba ella.

Cuando uno se encuentra completamente sólo, por duras que sean sus circunstancias, siempre puede albergar la esperanza de encontrar un alma amiga, pero si se está controlado por una especie de "perro del hortelano", que ni come fruta ni deja comer, la esperanza se reduce a cero.

Aquel día yo había subido un peldaño desde la negra soledad, ya que mi "carcelera", cumpliendo un compromiso familiar, pasaría unos días fuera de la ciudad, y lo curioso, es que ése mínimo resquicio de esperanza, en vez de animarme, me desanimaba aún más, sería como para el hambriento ver el pan, pero a una altura inalcanzable, porque cinco días, para establecer una relación afectiva, era un tiempo ridículo.

Para colmo, en este tema de las relaciones afectivas, yo era más complicado que la mayoría. Para mí, la idea de "echar un polvo" era impensable. Yo necesitaba enamorarme, o por lo menos sentir una gran amistad por una mujer, para poder tener con ella una relación satisfactoria.

Lo que para otros se podía solucionar en una noche loca, yo no podía resolverlo sin un mínimo de una o dos semanas de vacaciones.

Pero por pesimistas que fueran mis pensamientos, decidí dar una oportunidad al destino, para que no me pasara como aquel fiel que se quejaba a diario frente a la imagen del santo diciéndole: "Con tanta fe que te rezo, sabiendo la necesidad que tengo no has sido capaz de hacer que me toque la lotería". Hasta que un día la imagen cobró vida y le respondió airado: "Si yo, ya quiero que te toque, pero nunca has comprado un décimo... ¿Como quieres que haga el milagro?".

Así que, a falta de un sitio mejor fui a uno de esos bares musicales donde se baila y supuestamente se liga, digo supuestamente, porque en estos garitos siempre hay una docena de ligones por cada mujer ligable, y es bien sabido que la sobrepesca acaba estropeando el caladero, así que estos lugares de ligue se acaban convirtiendo en el peor sitio para ligar de toda la ciudad.

Me sucedió como siempre, que solo ver tanto buitre suelto y la estúpida altivez de ellas, disfrazada, eso sí, de un aire de simpatía y modernidad completamente

artificiales, ya me dio asco y me quedé en un rincón de la barra bien apartado, como si quisiera diferenciarme totalmente de aquella chusma.

No comprendía como no se daban cuenta de que, aunque una mujer "normal" tuviera ganas de encontrar compañía, sólo por dignidad, no podría aceptar sentirse pasto de semejante caterva de depredadores.

Allí, me encontré relativamente cómodo, porque como estaba aislado del bullicio central, no era frecuentado por los clásicos moscones de discoteca, ni por las tías buenas con pinta de pensar: "Soy una diosa, contéplame, pero ni oses dirigirme la palabra", así que me quedé pensativo envuelto en el humo de mi anacrónica pipa, hasta que llegaron ellos.

Ellos, eran un hombre de aspecto campechano y agradable acompañado de dos mujeres encantadoras, pero completamente distintas a las bellezas habituales del local.

En lugar de ser altivas, sofisticadas y estúpidas, eran naturales, espontaneas, simpáticas, vestidas de forma deportiva, sin un rastro de pintura.

Sin embargo parecía como si aquel grupo de gente distinta fuera inaccesible para el resto del público, como si estuvieran aislados en una burbuja psíquica que impedía a los demás ni siquiera mirarles demasiado.

Lo primero que me sorprendió de ellos, es que aparentemente nadie se fijaba en un grupo con mayoría femenina de primera categoría. La explicación que di al hecho es que lo mismo que a mí me atraía, a los demás les causaba indiferencia.

Lo siguiente que me sorprendió, es que habiendo tanto espacio en el rincón en que yo estaba, se sentaran justo a mi lado, las dos chicas junto a mí y el hombre en tercer lugar.

Buscando una explicación, llegué a pensar que era una estrategia para librarse de los moscones, porque así dispuestos, las dos mujeres en medio y aquel hombre y yo en los extremos, pasábamos perfectamente por dos parejas.

El efecto se reforzó porque al cabo de tres segundos entablaron conversación conmigo, como si me conocieran de toda la vida.

"Me encanta el humo de pipa", dijo la que estaba más cerca de mí, tal vez a modo de justificación de porque se había sentado a mi lado, aunque no parecían necesitar muchas justificaciones, a los dos minutos ya estábamos conversando animadamente y en media hora ya sabían más de mí que yo mismo.

Tratando de analizar aquellas chicas, (El hombre era muy agradable pero no me importaba demasiado, ellas lo eclipsaban todo) no supe definir cuál podría ser su edad.

Por un lado, daban la impresión de haber vivido muchos años, por sus "tablas", su espontaneidad y aplomo, desde luego no eran jovencitas, pero por más que me esforcé no pude encontrar ni un signo físico de madurez, ni una arruga, ni flacidez ni nada que delatara el paso del tiempo, eran "bonitas de cara", pero sin esa perfección de maniquí, y sus rostros sin esa expresión ñoña de las que se creen guapitas.

Al contrario, reflejaban inteligencia, carácter, con una mirada franca que "taladraba" y era cálida a la vez, en cuanto al cuerpo, eran "no muy altas", sin que tampoco se las pudiera calificar de bajitas, su cintura era estrechísima, sus nalgas rotundas y firmes sin ser demasiado voluminosas.

Lo que me maravilló en todo momento fue su pecho, sus senos eran de buen tamaño, pero no excesivo, lo más curioso era su forma cónica y puntiaguda, pensé que una forma así tenía que ser por fuerza artificial, o llevaban un sujetador coriáceo que les daba forma, o estaban rellenos de silicona dura como una piedra.

Imagino que mi mirada me delató, porque la pelirroja que estaba a mi lado me dijo con una sonrisa: "Te invito a lo que más te guste, si me dices en que estabas pensando, pero solo la verdad, si me intentas engañar me daré cuenta".

Tuve la impresión de que efectivamente, se daría cuenta si inventaba algo, su mirada era cálida y amable, pero parecía penetrarte, así que no me arriesgué a quedar mal y le contesté: "No me invites a nada porque solo pensaba una sandez que no vale la pena que yo explique, ni que tú escuches".

"Deja que sea yo la que juzgue", me dijo, "puede que lo que a ti te parece una sandez, a mí me encante".

Jamás me hubiera atrevido a explicarle un tema como el del pecho, que para una chica puede ser tan delicado, ni siquiera a una antigua amiga, pero la voz de aquella mujer contenía a la vez una súplica y una orden imposible de ignorar, así que pensé: "Bien, tú lo has querido, así que si no te gusta te aguantas".

Y le solté la parrafada del asunto de su pecho, pensando, que a pesar de lo que hubiera dicho, se iba a enfadar.

Pero su reacción me dejó estupefacto, sonrió y me dijo: "Lo siento, pero no puedo permitir que dudes de mi autenticidad porque eso afecta mi honor, así que tienes la obligación de verificarlo ahora mismo".

Y tal como lo decía, tomó mi mano y la dirigió a su pecho, sin que yo me atreviera a resistirme. Entonces me di cuenta de que su blusa solamente estaba anudada en la parte superior, y hacia abajo tenía una abertura con un pliegue que la había mantenido oculta hasta entonces.

Mi mano entró con toda comodidad por esa abertura y a partir de ahí, en los siguientes diez segundos, las sorpresas se sucedieron a velocidad de vértigo.

Lo primero que percibí es que no llevaba sujetador alguno, lo siguiente que su piel era suave como la de un bebé, y su seno absolutamente blando y esponjoso, excepto el pezón que era duro y prominente pero sin exagerar, y lo más alucinante es que si oprimías o movías de su sitio ese pecho tan blando, en cuanto aflojabas la presión volvía a su posición absolutamente perpendicular al cuerpo, como desafiando la ley de la gravedad.

La siguiente sorpresa, me la di yo mismo, porque en un caso así, y teniendo en cuenta que soy un perfecto caballero, (o casi), lo que procedía era haber palpado discretamente y retirar la mano.

Pero sucedió que mi mano actuó como movida por un reflejo condicionado, como un experto malabarista que no tiene tiempo de pensar que ha de hacer para mantener cinco naranjas en el aire, sino que sus manos actúan por instinto.

Así en diez segundos mi mano palpó el seno, lo acarició, lo presionó suavemente, acarició el pezón, y fue el hecho de que ella, entrecerrando los ojos, me dijera, (evidentemente en broma) entre gemidos apagados y susurros: "Siii, por favor... sigue así...", lo que me devolvió a la realidad y me hizo sacar precipitadamente la mano de su escote.

A continuación, me dijo en tono de reproche cariñoso: "¿Porque has parado?, con lo que me estaba gustando", lo cual unido a la expresión entre complacida y divertida de la otra chica y el hombre que las acompañaba, ayudó a incrementar mi vergüenza, y eso que en aquel entonces yo no era ningún niño, "los cuarenta" habían quedado atrás y se suponía que tenía "tablas".

La pelirroja remató el tema diciendo: "Cuando quieras puedes comprobar el otro, o alguna otra cosa mía de la que tengas dudas", y la morena añadió: "O mía, yo también tengo mi honor", de lo cual deduje que, o no era la pareja de su acompañante actual, o eran muy liberales, o muy bromistas.

Pero como eran gente agradable y con mucha "mano izquierda", no quisieron ahondar en mi azoramiento, y fue la propia pelirroja la que cambió radicalmente de tema diciendo: "Bien, tú me has explicado tus pensamientos así que.. ¿A qué quieres que te invite?".

Como buen caballero respondí: "Ni hablar el que debe invitar a una chica tan fantástica soy yo".

La respuesta fue: "Las promesas deben cumplirse, es una cuestión de honor".

"Bien, si es otra cuestión de honor... lo que tú quieras tomar estará bien para mí".

Luz, (así se llamaba la pelirroja), hizo una seña al discreto camarero del fondo, que se movió al instante, como atraído por un imán. Le dio una breve explicación que no pude escuchar y seguimos nuestra conversación.

De reojo me pareció ver que el camarero vertía en una jarra grande, una botella de Champagne francés, el zumo de varias naranjas, tal vez algo de canela y algún licor que no pude identificar.

Cuando lo sirvió en copas heladas, lo encontré delicioso y traidor porque entraba con facilidad y embriagaba más de lo esperado, luego vi cómo le pedía la cuenta y no llegué a saber cuántos billetes cambiaban de mano, le hizo un gesto de que se quedara con el cambio, y el barman casi toca con la cabeza en la barra.

En un local como aquel, sólo la botella de Champagne ya podía costar un disparate, más la parafernalia de las naranjas, los licores y la superpropina... Eso zanjaba una cuestión, porque una prostituta, por muy de lujo que sea, va a ganar dinero, no a gastarlo a manos llenas, así que no lo eran.

La conversación derivó a los planes para el día siguiente, iban a participar en una excursión sorpresa, de alta montaña, de dos o tres días de duración, con un grupo muy divertido... etc., y Luz me dijo, como por casualidad: "Supongo que te apuntas ¿Verdad?".

Me sorprendió mucho que contaran conmigo, porque soy muy consciente de mis posibilidades, y sé que no soy ni muy guapo, ni muy joven, ni súper enrollado, ni chulo... Etc. sino un cuarentón, calvo, con barba y aspecto de monje benedictino, pero ya dijo el filósofo que: "Cuando la suerte te sonríe, no hay que profundizar mucho en el porqué, ya que con tanta averiguación, puedes conseguir que se esfume el milagro".

En realidad, el filósofo que lo dijo soy yo, pero la aseveración es tan válida como si fuera de Sócrates.

Así que acepté sin más problemas, y finalmente quedamos a la puerta de aquel mismo local, pocas horas después.

En cuanto llegué a casa, saqué del último rincón del desván, mi mejor material de montaña, vestuario y complementos, con una cierta nostalgia, porque desde que me até a la monstrea, que ya consideraba mi futura exmujer, había participado en muy

pocas excursiones colectivas. Porque, excursión en grupo, quiere decir camaradería, amistad, puede haber mujeres... y aquella cosa me consideraba su mascota exclusiva.

Pensando en la cara que pondría si me pudiera ver en una excursión de dos o tres días con aquellas chicas tan enrolladas, me regocijé en la idea como un cerdo en un charco.

Preparé tres despertadores, porque uno siempre puede fallar, y el segundo no escucharlo, y me dispuse a dormir las escasas dos horas que me quedaban libres.

Caí en la cama como un tronco y casi de inmediato tuve un sueño que a mi parecer duró todo el tiempo que estuve acostado.

El sueño no era muy original, rememoré con el mismo realismo que si la viviera, la escena en que le acaricié el pecho a Luz, con la sola diferencia que esta vez no me avergonzaba y continuaba acariciándoselo sin parar todo el tiempo, hasta que la excitación me produjo un orgasmo y su consiguiente eyaculación, los cuales se produjeron en el sueño y en la realidad.

Lo curioso es que en la mayoría de casos en que había tenido una polución nocturna, esta misma me había despertado y el orgasmo no había sido todo lo completo que hubiera querido.

Pero en esta ocasión, no me desperté, continué soñando que la acariciaba, el orgasmo fue perfecto y la eyaculación en vez de ser espasmódica y dejarme una sensación de vacío, fue como si yo mismo me deshiciera, fluyendo placenteramente hacia el exterior.

Finalmente, el decorado de la discoteca comenzó a cambiar, fundiéndose con el de mi habitación y entonces, Luz me besó.

Ya no estábamos frente a la barra del bar, sino en mi cama, yo seguía acariciándole aquel seno mágico, y ella, estirada encima de mí me besaba. Pero era un beso muy especial, porque parecía que no solo penetraba su lengua en mi boca, sino toda ella, muy dentro de mí.

Al final se retiró lentamente y se estiró a mi lado, me quedé con una sensación de plenitud y relajación como nunca había sentido, fui abriendo los ojos lentamente sin saber a ciencia cierta en que instante había pasado del sueño a la realidad, sin tener consciencia de haber despertado, y me sorprendí mucho de no ver a Luz en la cama.

Tardé en asumir que realmente había sido un sueño, porque el beso final me pareció tan real como el suelo que estaba pisando.

Entonces sonó el primer despertador e inmediatamente detuve los tres, parecía que el sueño hubiera sido programado por un coreógrafo para que ocupara justo el escaso tiempo de que disponía para dormir.

Me levanté descansado como si hubiera dormido doce horas, pero sin el entumecimiento que ello me provocaría, me acabé de limpiar los restos de la polución nocturna con mi camisola de dormir y la metí junto con las sábanas en la lavadora con un programa de lavado intensivo para no dejar rastros.

Una buena ducha me acabó de dejar perfecto, me vestí con la rapidez de mis tiempos de soldado, y salí a la calle, desandando otra vez el camino a la discoteca.

Aún era de noche y una niebla espesa daba un aire irreal a la ciudad, como si fuera un decorado, o no fuera la ciudad que tan bien conocía, porque aquí las nieblas como ésta son un fenómeno poco frecuente.

Cuando llegué, verifiqué con satisfacción que sólo faltaba un minuto para la hora en que habíamos quedado. Algunos rezagados aun salían del local nocturno, con un aire más apagado que alegre.

Deseé que, mis nuevos amigos, no se retrasaran, porque con mochila, botas y demás equipo, plantado ante la discoteca, quedaba como un marciano.

Por un instante, una idea aterradoradora cruzó mi mente: ¿Y si me plantan?, ¿Y si todo ha sido una broma de discoteca?, no sé de ellas más que su nombre, e incompleto, porque Luz debe proceder de Mariluz, y Beli el diminutivo de Belinda, y no tengo ni una dirección, ni un teléfono, ni nada.

Pero mi preocupación no duró más que unos segundos, porque inmediatamente surgió de entre la niebla una furgoneta-microbusillo, como venida de la nada, de un modelo bastante antiguo que, con sus faros redondos y sus líneas curvas, parecía un animalejo monstruoso pero simpático.

Se detuvo cuando ya parecía que iba a pasar de largo y, ¡oh milagro!, se abrió la puerta trasera y apareció Luz, radiante como una diosa con una sonrisa espectacular.

El conjunto de pantaloncito corto, camisa escotada y botas, aunque de clara inspiración militar, le quedaba aún más sexy que la ropa de calle.

Vino hacia mí con la gracia de una danzarina oriental y me abrazó con fuerza. Al notar sus senos contra mi pecho me invadieron una oleada de sensaciones y sentimientos, algunos ya conocidos, pero otros completamente nuevos.

Lo primero que noté, fueron sus pezones, luego, sus pechos cediendo al apretarse contra mí, y lo más curioso fue la extraña sensación que tuve, de que en realidad

sus pechos no habían cedido, sino que continuaban con su forma cónica dentro de mí, pero no atravesándome como haría un asta, sino fundiéndose con mi carne.

Pero apenas tuve tiempo para definir esta sensación cuando otra nueva se añadió, porque en la discoteca no había llegado a tener su vientre ni su pubis junto al mío, y al notarlo ahora, me parecía como si los labios de su sexo tuvieran la movilidad de los de una boca y me estuvieran lanzando besos y mordisqueando suavemente a través del pantalón, pero está claro que eso eran solo imaginaciones mías, o eso supongo.

Me hizo entrar, casi volando, en el asiento trasero del furgonetillo, donde Beli me recibió "literalmente con los brazos abiertos", arrojó mis cosas en un pequeño espacio que había detrás, y el cacharrillo arrancó ronroneando suavemente.

Me encontré dulcemente apresado en aquel asiento, antiguo pero cómodo, que se prestaba a la intimidad, porque era como un sofá sin abrazaderas que ocupaba toda la parte trasera del vehículo, los asientos anteriores tenían respaldos muy altos, así que no podíamos ver a los que estaban delante nuestro, aunque yo tenía la impresión de que no había nadie más, excepto el chófer, del cual solo vimos la punta de la mano cuando nos hizo un gesto de: "Allá vamos".

También resultaba cómodo que los asientos delanteros estuvieran elevados sobre barras metálicas, porque ello te permitía estirar completamente los pies bajo ellos.

Aunque conozco muy bien las carreteras que parten de mi ciudad, he de confesar que no tengo ni idea de por donde circulamos ni cuanto duró nuestro recorrido.

A ello contribuyeron la niebla, que no nos abandonó en todo el trayecto, los cristales entelados, y principalmente las dos chicas.

Las imágenes y sensaciones de aquel viaje llegan a confundirse en mi mente, como las de aquellos anuncios de televisión que pasan excesivamente acelerados.

De repente, en una vida como la mía, tediosa y sombría, se suceden una serie de hechos, que horas antes no podía soñar.

Cualquiera de aquellas dos muchachas que me acompañaban, hubiera podido actuar, ella sola, como atracción en una fiesta para mil hombres.

Tenían carisma, eran sexis a rabiar, con una simpatía desbordante, y estaban las dos en exclusiva por, y para mí, en un espacio reducido y aislado.

El comportamiento que tuvieron a lo largo del trayecto, viniendo de otras personas, se hubiera podido calificar de bastante incorrecto, pero acompañado de su espontaneidad y simpatía, no lo parecía en absoluto.

No podría describir lo sucedido, secuencialmente y con coherencia, porque en mi mente las imágenes se apelotonan y fragmentan, como en un caleidoscopio, pero recuerdo con claridad, el striptease que protagonizó Beli, tumbada en el asiento, con la cintura sobre mis piernas, ni una profesional del espectáculo hubiera podido hacerlo con tanta gracia, en un espacio tan reducido, sus movimientos eran como una mezcla de los de una bailarina polinesia, una gata y una serpiente.

También recuerdo el beso que me dio, profundo e interminable, aquel beso me tenía paralizado, sin que hubiera una razón concreta, me sentía incapaz de mover un dedo, y lo peor es que mientras tanto, Luz "hacía de las suyas".

Mis botas volaron en segundos, a pesar de llevar doble nudo bien apretado y mi pantalón siguió el mismo camino, al acabar el beso, Luz jugaba a los fantasmas, con mi pantalón en la cabeza y los brazos metidos por las perneras.

Luego, se puso más seria, me miró intensamente, y fui incapaz de resistirme a su tierna presión que me obligaba a estirarme a lo largo del asiento, como si en lugar de suaves brazos tuviera prensas de cien toneladas.

Me quedé allí inmovilizado por el influjo de su mirada, a pesar de que ya notaba como Beli jugaba a bajar lentamente mi ropa interior, cuando me la acabó de quitar, noté como sus manos separaban lentamente mis piernas, y nuevamente el efecto "prensa hidráulica", la presión era suave pero irresistible y siguió hasta que las tuvo una a cada lado de sí misma.

La sensación que tuve al verme allí, desnudo y abierto de piernas, con mi sexo expuesto a su mirada, fue muy extraña, porque al mismo tiempo sentía una vergüenza tremenda y un morbo increíble, como si me hubieran expuesto ante todo el grupo de candidatas a miss universo que llevaran tres años recluidas sin ver un hombre, y el hecho de que mi pene estuviera en completa erección incrementaba más estas sensaciones.

Lo curioso es que, cada suceso me parecía que era el límite de lo que me podía pasar, y sin embargo cada acontecimiento siguiente, desbordaba al anterior, como una hoja de periódico puede sobreponerse a un pequeño billete.

El "acontecimiento siguiente" llegó encadenado como los pasos de un ballet mágico, sentí sus manos subiendo por mis piernas, y en un segundo pensé: "Espero que no se atreva a subir hasta...", pero como si fuera una respuesta a mi pensamiento, se atrevió.

Desde el primer momento, noté que sus caricias no tenían nada que ver con las de las otras mujeres de las que notaba el roce de sus dedos el contacto de su piel Etc., pero con ella, daba la impresión de que sus ramificaciones nerviosas conectaban directamente con las mías, de la misma forma que se conectan los cables de transmisión de datos de un ordenador a otro.

Supe que en sus manos tenía la capacidad de llevarme al orgasmo en treinta segundos, y eso que, habitualmente, yo era poco propenso a acabar, mediante "trabajos manuales".

En lugar de "dosificar" su capacidad de proporcionarme excitación, la empleó "a fondo", pero sin permitirme culminar, como si me tuviera bloqueado, el placer subía por todo mi cuerpo, en oleadas cada vez más intensas, era una fuerza que a cada momento se multiplicaba, empujando contra una barrera inamovible.

Creo recordar, que de mi boca salieron sonidos de lo más variado, y que también le supliqué en ocasiones, que me hiciera culminar, y en otras todo lo contrario, también recuerdo que no pude evitar que la saliva se escapara por la comisura de mis labios, y que no me importó lo más mínimo, es más, cuando me sucedía, Luz me besaba justo en el punto por donde fluía, recogéndola en su boca como si se tratara de elixir de los Dioses.

En un momento en que pensaba que, si aquel placer aumentaba más, perdería la consciencia o el juicio, noté como Beli utilizaba todos sus recursos para hacerme subir en la escala de la excitación aun con más fuerza, y me sucedió como aquellos héroes de pacotilla de las películas de humor, que cuando esperan chocar contra la puerta cerrada y derribarla, alguien la abre en el último momento, entran como un tren expreso y caen por la ventana frontal, así que de alguna manera Beli cortó el bloqueo y yo culminé el orgasmo más brutal de toda mi vida.

Curiosamente, a pesar de estar mentalmente cortocircuitado, tuve espacio para una pequeña objeción, pensé, que el semen que estaba a punto de derramarse mancharía la tapicería del vehículo, pero me equivoqué por completo ya que no se derramó ni una gota.

Nuevamente me sucedió aquello de que creyendo haber llegado a una experiencia límite, venía otra superior y la eclipsaba. Así, un segundo antes de eyacular, noté los labios de Beli abriéndose sobre mi glande, tuve la sensación de que estaban muy fríos y muy calientes a la vez y que se deslizaban sobre mi piel, como si fueran de vaselina, la lengua se movía con la facilidad de la de una serpiente, pero lenta y cadenciosamente, aquel contacto fue similar a una descarga eléctrica, en que se hubiera sustituido el dolor por placer, hice un intento instintivo de cerrar las piernas, pero sus manos se comportaron como argollas de acero.

Entonces me rendí completamente y pensé, "que me hagan lo que quieran, el placer que siento es tan grande, que lo demás no me importa".

Es evidente que debí perder la noción del tiempo, porque una eyaculación dura segundos, y sin embargo la recuerdo como si se alargara más de media hora, lo cual es imposible porque en ese tiempo hubiera eyaculado litros de esperma, y ningún ser humano tiene esa capacidad.

Beli succionaba hasta la última gota de esperma con fuerza y dulzura al mismo tiempo, y me hacía sentir como si junto con mi semen, estuviera succionando parte de mi propio ser, mi espíritu, pero esa idea no me angustiaba lo más mínimo, por el contrario, tenía la agradable sensación de penetrar dentro de ella.

Pasado ese tiempo, las dos chicas cambiaron posiciones, era increíble la perfección y coordinación de sus movimientos en un espacio tan reducido, no me dieron la más mínima opción a moverme, la verdad es que tampoco probé a hacerlo.

Beli me miró con una ternura infinita y me besó muy lentamente, en esta ocasión el efecto era el contrario que hace unos instantes, parecía que parte de su alma entraba en mí.

Todo lo que me estaba sucediendo transcendía del comportamiento "normal" humano, incluso mis propias reacciones, porque después de un orgasmo tan intenso, debería estar relajado pero exhausto, y con la típica sensación de vacío glandular.

Pero no solo no me sucedía, sino que continuaba teniendo una erección completa y otra vez la sensación de morbosa vergüenza, porque esta vez era Luz la que estaba entre mis piernas.

Yo estaba ya dispuesto a dejarme ordeñar dócilmente como en la vez anterior, pero me equivoqué, porque en vez de abrirme las piernas como a una parturienta, me las cerró un poco, noté como sus rodillas se situaban a los lados de mi cintura y lentamente doblaba las piernas, lo primero que noté fueron los labios de su vulva besando mi pene y seguidamente éste penetrándola en toda su longitud, hasta que su vello púbico quedó enlazado junto al mío.

Aunque no era, ni mucho menos, la primera mujer que me "hacía el amor" de esta forma, puedo asegurar que, en comparación con ésta, las otras veces apenas si existieron.

Es como si a un muchacho que regularmente hace viajes al pueblo vecino, en bicicleta, se le regala la vuelta al mundo en un crucero de lujo. Todo son "viajes", pero el salto cualitativo es tan grande que no tiene nada que ver una cosa con otra.

En principio, ni siquiera puedo decir que la penetrara, porque contrariamente, sentí que era ella la que me absorbía, la que me "devoraba" dulcemente.

Después, en vez de sentir su vagina con la forma de saco de las otras mujeres, la noté como una funda que hubieran hecho a la medida exacta de mi pene, rozando cada milímetro de mi piel, haciendo descender el prepucio hasta el límite de lo posible sin causar dolor.

También noté unas paredes vaginales que se ondulaban y vibraban como si tuvieran vida propia, y unos labios, que se movían acariciando mi pubis.

Lo más extraño sucedía en el fondo de su vagina, donde parecía como si unas diminutas lenguas estuvieran abriendo el orificio de mi pene, y otra un poco mayor se estuviera introduciendo por él, por un momento sentí que mi penetración era solo aparente, y que en realidad me estaba penetrando ella a mí.

Todo esto sucedía estando ella casi inmóvil, porque cuando sus caderas comenzaron a contonearse con un movimiento que hubiera hecho palidecer de envidia a una bailarina oriental, entonces ya fue la locura.

En esta ocasión, tuve la sensación de que siguiendo a mi pene, todo yo estaba penetrando dentro de ella, me sentía "el bebé" de una especie de parto a la inversa, pero ello, en vez de preocuparme aumentaba mi placer y mi deseo de abandono, quería que aquellas sensaciones cobraran aún más fuerza, hasta traspasar cualquier límite.

Al llegar al orgasmo, en vez de notar el típico placer en la zona genital, brotó de todo mi cuerpo, como si todo yo estuviera lleno de glándulas que segregaran esperma al mismo tiempo.

Me pareció que las chicas y yo, formábamos una unidad que flotaba en el espacio aislada del resto del mundo, me sentía tan poseído, y gozaba tanto siéndolo, que en aquel momento me podían haber cortado en pedazos sin que hubiera opuesto resistencia.

No sé cómo ni cuándo, pero me di cuenta de que me habían vuelto a vestir, y que estábamos los tres sentados en la parte trasera del microbusillo, ellas a ambos lados de mí abrazándome cariñosamente en silencio, con sus cabezas junto a la mía.

Me sentía tan bien que pensé: "Si hoy mismo tuviera que morirme, ya no pensaría que mi vida ha sido un cúmulo de desdichas que no ha valido la pena vivir, parece increíble cómo sólo estas últimas horas han cambiado mi perspectiva del conjunto de sucesos de éstos treinta y tantos años".

El microbusillo se detuvo, empezaba a amanecer, pero todo seguía envuelto en aquella espesa niebla.

Imaginé que estábamos en algún valle pirenaico, pero no pude deducir en que región, porque no tenía ni idea de la duración del trayecto.

Tampoco vi ningún punto de referencia, ni casas ni letreros ni nada, descendimos del vehículo, las dos chicas con su suave agilidad felina, y el conductor, que no era otro que el chico que nos acompañaba en la discoteca así quedaba claro que Beli no podía ser su pareja, porque con lo que habíamos armado detrás.... O si lo era, y

pertenecía al grupo de los retorcidos que les gusta contemplar, (en este caso oír) como su mujer se lo monta con otros hombres.

El caso es que vino a saludarme con un apretón de manos muy cordial.

Allí fuera había un pequeño grupo que charlaba animadamente, nos dirigimos a ellos y vi que eran gente de una edad y condición parecida a mis acompañantes.

Me los presentaron, aunque la verdad, no recuerdo el nombre de nadie, todos me recibieron muy cordialmente, ellos con cálidos apretones de manos y ellas con besos y abrazos.

En aquel grupo donde todos parecían conocerse, nadie se extrañó de verme, ni preguntó de donde salía.

Al saludar al último vi que, hacia atrás, un poco descolgada, había otra chica, me dirigí hacia ella, y al esperar que me dijeran su nombre, percibí que mis dos acompañantes se escurrían en el grueso del grupo, como si no quisieran saber nada de aquella última muchacha.

Me había quedado solo para presentarme a mí mismo, pero como no soy demasiado tímido lo hice, y así es como conocí a Angela.

Desde el primer momento me di cuenta de que era completamente distinta a las demás, físicamente era más alta.

Su tipo aun siendo bien formado no era tan extremado como el de las otras. Sus pechos aunque discretamente tapados por una blusa, se adivinaban más grandes y redondeados, el pelo era de color miel y junto con un rostro muy dulce y unos maravillosos ojos azules, le daba un aspecto suave, bondadoso, que aunque atraía irresistiblemente, no incitaba en absoluto a la lujuria sino a la amistad, el cariño, a cualquier forma de contacto positiva y noble.

Su atuendo también era totalmente distinto, vestía como si en lugar de una excursión por la agreste montaña, fuera a pasear por un bulevar de alguna elegante ciudad costera y sus finos mocasines de color marfil tampoco parecían el calzado más adecuado.

Soy incapaz de saber durante cuánto tiempo estuve estrechando aquella mano suave y contemplando sus ojos, hasta que al final alguien del grupo, me gritó desde lejos: "Venga, en marcha", salí del estado de letargo en que estaba sumido y vi como comenzaban a caminar sendero arriba.

Angela no hacía ninguna intención de moverse, parecía estar clavada en el terreno, y yo parecía estar ligado a dos lazos invisibles, uno que me estiraba y otro que me retenía.

Incluso llegué a pensar que tal vez no tenía nada que ver con el grupo, pero descarté inmediatamente la idea, ¿Qué iba sino a estar haciendo sola, una chica como ella, de madrugada en un paraje agreste como aquel?.

Al final para salir de dudas y de paso comenzar una conversación, le dije: "¿Vienes a la excursión verdad?".

"Si tú quieres que te acompañe..., pero la verdad es que no soy muy buena excursionista, y no voy bien equipada".

Por supuesto yo si quería que me acompañara, la respuesta salió de mi boca instintivamente como la lengua del camaleón, y en cuanto a su habilidad no había problema porque yo la ayudaría, y por equipo tampoco porque llevaba, un anorak de reserva y... A medida que yo avanzaba en mi discurso allanando todos sus problemas, su cara se iluminaba con una sonrisa que la hacía aún más guapa, al final le tomé la mano y le dije: "Vamos con los otros, que se nos escapan" y tomamos el estrecho sendero.

La frase de: "Vamos con los otros" fue fácil de pronunciar, pero imposible de cumplir satisfactoriamente.

No tardé en darme cuenta de que, aunque con cierto disimulo, nos rehuían como si fuéramos apestados

Mas tarde vi que no era a mí a quien esquivaban sino a Angela, porque al avanzar yo solo un momento para pedir a los de cabeza que no corrieran tanto, pareció como si llegara el hijo pródigo.

Pasaron de ignorarme a hacerme toda clase de mimos y atenciones, en parte me alegré de que aquellas chicas tan estupendas me siguieran queriendo, pero me indignó que trataran de aquella forma a la pobre Angela, ¿Qué era lo que no les gustaba de ella?, ¿Que no fuera tan deportiva?, ¿Que fuera un poco más seria y recatada?.

No son motivos para ponerse así, por un momento pensé que podía ser una cuestión de celos, pero lo descarté inmediatamente, ¡qué sandez!, en primer lugar, yo como hombre no era precisamente irresistible, aún no comprendía que habían visto en mí, y a ninguna de ellas parecía importarle que otra me hiciera el amor o explicara que me lo había hecho, a menos que fueran como esos clanes de hembras animales, que comparten entre ellas los machos, pero si otra de fuera se acerca...

Aquel tema de la exclusión de Angela me puso en una situación difícil, pues si yo no estaba con ella, quedaba totalmente sola y desamparada.

Porque a diferencia de las otras que subían por el sendero como liebres, a ella cada metro de ascensión le representaba un vía crucis.

Cuando yo volvía para ayudarla su rostro se iluminaba, parecía como si la mano que le daba no fuera solo un mero punto de apoyo, sino una verdadera transfusión de energía que le permitía seguir adelante.

Eso me hacía sentir responsable de ella, y aunque tenía unas ganas locas de ir a jugar con mis dos amigas, no podía hacerlo por una cuestión de principios.

También he de reconocer que cuando estaba con Angela, no añoraba tanto aquellas dos hembras fenomenales.

En otras circunstancias hubiera dado un brazo por estar con ellas, pero la compañía de aquella chica dulce y desvalida automáticamente anestesiaba ese deseo irreprimible, y no es que ella misma fuera una mujer enloquecedora, no despertaba en mí deseos primarios como las otras dos, más bien parecía que tocara las fibras más elevadas de mi espíritu, inspiraba ganas de protegerla, de darle amistad incondicional y... Amor sí, pero romántico y desinteresado, sin llegar a ser platónico.

Una de las veces que me adelanté, pedí a Luz que intercediera para que el grupo no fuera tan esquivo con aquella pobre muchacha y ralentizaran la marcha, aludí a la conocida solidaridad que siempre reina en los grupos excursionistas.

Pero su respuesta me sorprendió, porque dijo: "Es que ella no es de nuestro grupo, y nadie la ha invitado a venir, además es una irresponsable porque no está equipada ni en forma para este tipo de excursiones, ten en cuenta que tenemos todo el día de caminata a buen ritmo, para llegar al refugio y no llevamos con nosotros provisiones ni tiendas, todo está allí, además en la alta montaña por la noche la temperatura puede marcar bajo cero, si no llegamos a tiempo podemos encontrarnos en una situación comprometida".

No pude evitar decirle: "¿Entonces que pretendéis, dejarla sola y que se muera de frío y hambre?".

Su respuesta, aunque razonable no me gustó: "No tiene por qué ser así, aun no llevamos tantas horas de camino, puede volver hacia abajo por el mismo sendero, le será más fácil que seguir subiendo, además dicen que cuesta abajo hasta la mierda corre".

No me hizo ninguna gracia la idea de decirle a Angela que se volviera, además me sentía responsable porque recordaba la conversación anterior, cuando la conocí, en que le pregunté si venía a la excursión y ella me contestó: "Si tú quieres que te acompañe", ósea que era yo, que sin saberlo, había invitado a una chica de fuera del

grupo, además ella ya me había advertido que no era buena excursionista ni iba bien equipada.

Ahora comprendía muchas cosas, pero no pensaba que eso justificara al cien por cien la actitud del grupo, la gente montañera acostumbra a ser más generosa.

Bien, la decisión a tomar era clara, asumiría mi error y ayudaría a Angela el resto del camino, se lo dije a Luz y no pareció gustarle nada la idea, pero no añadió ni una palabra.

Seguimos subiendo junto a un arroyo, por un valle típicamente Pirenaico, pero de una belleza y equilibrio tal, que parecía creado por un Dios decorador tomando todos los elementos comunes de estos entornos y situándolos en su justa medida, en el lugar perfecto.

A pesar de que creía conocer todos los valles de gran belleza en esta sierra, era evidente que éste se me había escapado.

En uno de los recodos del camino, descubrimos que el grupo se había detenido junto a lo que, por el humo y olor, se delataba como un manantial termal que formaba un micro lago de una belleza indescriptible.

Era hondo, pero tan cristalino que el fondo parecía estar allí mismo al alcance de la mano.

La mayoría ya estaban concluyendo su baño y me gustó el hecho de que, por primera vez, Beli y Luz nos esperaron y se dirigieron a los dos sin ignorar a Angela.

"Esta piscina termal es ideal para reponer fuerzas", dijo Beli, "un baño aquí os dejará como nuevos", y acompañando el gesto a la palabra, se desnudó completamente con la rapidez de un malabarista y se lanzó al agua con la facilidad de un delfín.

Otro ligero chapuzón me indicó que Luz también había saltado, era un verdadero espectáculo verlas deslizarse bajo el agua con la facilidad de las sirenas, sus movimientos eran como una danza de un erotismo y una belleza casi hipnóticos.

Aunque yo las había tenido desnudas junto a mí, la corta distancia no me había permitido contemplar toda su esplendidez y reconozco que ahora estaba fascinado.

Pero algo me devolvió a la realidad, me pareció notar la mirada de Angela sobre mí, giré la vista y efectivamente me estaba mirando y por un instante sentí la terrorífica idea de que estaba percibiendo mis pensamientos, pero un segundo después recuperé mi aplomo y le dije: "Tienen razón un baño en estas aguas nos sentará muy bien y podrás continuar la subida en mejores condiciones".

Aunque sin la rapidez y la gracia de las chicas, fui desnudándome mientras Angela parecía dudar.

Al llegar a los calzoncillos pensé si sería correcto desnudarme completamente, pero el no hacerlo hubiera sido absurdo, todo el grupo, hombres y mujeres, lo había hecho, y no iba a ser yo el único pacato, estábamos fuera de toda vista humana, el resto del grupo ya comenzaba a vestirse y marchar y las dos chicas me tenían visto y con todo detalle.

Quedaba Angela eso sí, pero estaba a mi espalda y además había una razón de índole práctica, porque no iba a vestirme luego con un calzoncillo mojado, así que dicho y hecho aparté mi última prenda y rápidamente me lancé al agua.

En segundos tuve a las chicas junto a mí jugueteando y abrazándome, pero en esta ocasión no con el erotismo salvaje del microbusillo, sino en un plan más bien mimoso, lo cual era de agradecer porque en la orilla estaba Angela mirándonos y hubiera sido muy embarazoso para mí, realizar actividades eróticas frente a ella.

Me solté un momento de los tiernos abrazos para acercarme a la orilla y decirle a Angela que aquel agua estaba perfecta, era como un baño de energía y debía probarla.

Mi voz fue como una orden inapelable para ella, comenzó a dejar su ropa junto a la mía y no pude reprimir el pensamiento morboso de si se desnudaría completamente y como sería su cuerpo desnudo.

Pero para mi decepción se quedó con un body formado por una especie de gasa blanca. Más que una prenda parecía como si una nube de algodón la hubiera envuelto adaptándose a su cuerpo a la perfección, con una finura que la hacía casi transparente, permitiendo adivinar, sin llegar a ver.

Entró en el agua con una cierta timidez, casi con recelo, pero poco a poco se fue soltando, finalmente comprobé que nadaba muy bien, aunque de una forma más dulce y pausada que las otras dos chicas, que como era costumbre, en cuanto tuve la compañía de Angela se apartaron de mi lado.

En un momento dado vi como las dos se sumergían con la agilidad de sirenas, la transparencia de aquel agua permitía ver perfectamente como pasaban debajo de nosotros.

Justo entonces ascendieron y tomaron a Angela cada una por un tobillo, estirando de ella hacia el fondo. Una sola no hubiera podido arrastrarla por su mayor envergadura, pero con los esfuerzos combinados de las dos lo consiguieron a pesar de su resistencia.

La maniobra que siguió a continuación me dejó atónito, Beli se asió a un saliente del fondo con una mano mientras con la otra sujetaba a su aterrada víctima, mientras que Luz subía como una anguila para aspirar aire, volver a bajar y sustituir a su amiga.

La certeza me llegó como un mazazo, no era una broma, estaban intentando ahogar a Angela entre las dos. Para más inri, Angela en vez de agredir como fuera a la que la sujetaba, solo hacía esfuerzos por escapar, como una oveja asustada.

La ira me recorrió desde la punta de los pies a la nuca, bajé en cuatro brazadas, la cara de desesperación de Angela llenaba por completo mi horizonte.

Cuando llegué a la altura de Luz, que en ese momento era quien la sujetaba, me dirigió una mirada de desafío, como diciendo: "Si, la estoy matando y no te atrevas a impedírmelo".

Su mirada aun me encendió más, tomé el antebrazo con que sujetaba a la desdichada y con mis dos manos convertidas en tenazas lo retorcí con deseo expreso de causar daño.

Se retiró como si le hubiera picado un escorpión, supongo que no se esperaba de mí una reacción tan salvaje, en aquel momento llegaba Beli de refuerzo, pero no corrió mejor suerte, mi pie le impactó con fuerza en la cara.

Tomé a Angela por el pelo y la saqué del agua como una exhalación, ya no se movía y yo no sabía qué hacer, si presionarle el diafragma, darle palmadas en el pecho o que.

De lo que estaba seguro es de que nadie me iba a ayudar. Finalmente, recurrí al tópico, puse mi boca sobre la suya y soplé mientras con mi mano le presionaba el pecho.

El resultado fue sorprendente, porque solo sentir mi contacto noté que revivía, imagino que no estaba tan mal como yo pensaba, sentí un gran alivio y una dosis de alegría corriendo por mis venas como si fuera una droga, aun así, insistí en mis soplidos y presiones, pero sin tanta energía, y sin proponérmelo me sorprendí a mí mismo besándola dulcemente y acariciándole un pecho.

Nunca en mi vida he abusado de una mujer y menos estando inconsciente y de todas las mujeres del mundo, la última de la que abusaría es de Angela (no sé por qué pero lo sentía así). Por tanto, tuve un fuerte sentimiento de vergüenza al darme cuenta de lo que le estaba haciendo.

Pero en los sentimientos como en los manteles, él más grande tapa al menor y mi gozo por ver que la había salvado lo superaba todo, así que aparté mi rostro del

suyo, le volví a dar un último beso en los labios, rápido y fuerte y me quedé contemplándola con una sonrisa incontenible.

Reconozco que tenía un cierto temor de haber provocado su enojo con mis besuqueos pero, por el contrario, por primera vez vi en su rostro una alegría franca, sin sombras. Me dijo un simple "gracias" y se abrazó a mí, aquella simple palabra había expresado más de lo que otras personas podrían decir en todo un libro.

Mientras estaba apretada junto a mí, me di cuenta de lo mucho que me gustaba aquella mujer.

Era ridículo porque la conocía solo hace horas, pero estaba realmente enamorado, y eso que yo era de los que aseguraba que el amor verdadero es como el buen vino y necesita tiempo y condiciones adecuadas para que surja y nunca puede ser unilateral, porque si no es solo fetichismo, pues bien le acababa de dar un verdadero patadón a todas mis convicciones sobre el tema.

Mientras se vestía yo no podía dejar de pensar en pequeñas trivialidades, como por ejemplo que, dado que se vestía aquella ropa fina y clara encima de un bañador mojado, la humedad traspasaría inmediatamente y parecería que se le hubiera escapado el pipí, pero para mi asombro, no sucedió nada de eso.

Me pareció notar que Angela me dirigía una, casi imperceptible, mirada divertida, como la que se dedica a la señora elegante que se ha olvidado dos rulos en la cabeza, entonces me di cuenta de que todavía estaba desnudo, me vestí sin prisas excesivas y volví a cargar mi equipo.

Vi que Beli y Luz ya se habían vestido y venían hacia nosotros por la orilla con cara de pocos amigos, pero en aquel momento mi mirada reflejó tanto odio, por lo que habían intentado hacer, que se detuvieron en seco, y después de alguna vacilación continuaron camino montaña arriba.

Angela y yo seguimos más lentamente, esta vez me quedé a su lado sin manías, primera porque me apetecía y en segundo lugar porque era evidente que necesitaba mi protección.

A partir del pasado incidente, mi relación con ella se había vuelto menos ceremoniosa, en algún tramo plano la llevé cogida del hombro, para bajar de una roca la tomé con ambas manos por la cintura y no hice ningún esfuerzo para que no descendiera rozándome, ni tuve prisa en retirarme cuando quedó de pie con su cuerpo en contacto con el mío.

Al cabo de un rato de subir, se detuvo en un recodo y me pidió que me adelantara unos pasos, imaginé que tendría alguna necesidad imperiosa o que le apetecía cambiarse el bañador mojado de todas formas, no había problema porque donde estaba nadie podría llegar a ella sin que yo lo viera.

Me quedé sentado en una roca contemplando el paisaje, y no habían pasado ni diez segundos cuando Luz y Beli aparecieron ante mí sin que supiera exactamente de donde habían salido.

Imagino que esperaban hace rato una ocasión para hablar conmigo a solas. En esta ocasión sus rostros no transmitían ningún deseo de confrontación sino por el contrario tristeza, parecían dos perros apaleados.

Luz fue la primera en hablar, y parecía sincera cuando me dijo: "Sé que estás muy cabreado con nosotras y tienes toda la razón, porque quisimos gastarle una broma pesada a la pava aquella y una vez metidas en faena no supimos parar, y se nos fue la mano, a pesar de los golpes te estamos agradecidas, porque si no hubiera sido por ti la broma podía haber acabado mal".

Fui a decir algo, pero Beli me interrumpió: "Ya sé que tenemos toda la culpa, pero estábamos muy celosas y perdimos los papeles, te pedimos perdón con toda sinceridad, y te damos nuestra palabra de que no volverá a suceder nada parecido, es más, como la chica es un poco torpe nosotras mismas vigilaremos para que no le suceda nada malo".

Luz le dijo a Beli con un guiño malicioso: "Cuidaremos de ella, pero no a tan corta distancia como lo hace él, porque la verdad es que no compartimos sus gustos".

"Por supuesto", dijo Beli con una risilla ahogada.

Bien, les dije, sino lo hicisteis con mala fe, estáis perdonadas, pero sería más razonable que le pidierais disculpas a ella.

"¡Eso sí que no!", dijeron a dúo, y añadieron después de alguna duda, "Es que... después de lo sucedido no soportaríamos su mirada, y además con toda sinceridad, quien nos importa de verdad eres tú, al fin y al cabo, ya te dijimos que ella...".

"Ya lo sé", interrumpí yo, "no es de vuestro grupo, no ha sido invitada, y si está aquí es por un error mío, pero eso no quiere decir que tengáis derecho a matarla"

"De verdad que no era nuestra intención, y además a partir de ahora la cuidaremos, ¿Qué más quieres?". Y con esta frase interrumpieron la conversación poniéndose en marcha y lanzándome un beso con la mano.

Me quedé sólo otra vez en la roca, pensando en si Angela se habría cambiado ya el bañador o lo que fuera que quisiera hacer, me hubiera encantado verla desnuda, pero ni por un momento pensé en la posibilidad de espiarla, porque un caballero siempre respeta la intimidad de una dama.

Aún estaba con estos pensamientos cuando Angela reapareció sonriendo, y esta vez fue ella quien me tendió su mano sin que tuviera yo que capturársela.

Llevábamos como mínimo un par de horas subiendo sin parar, aquello en vez de los Pirineos parecía el Himalaya, cuando a la vuelta de un recodo, me alegré de comprobar que parte del grupo se había detenido frente a una gran cavidad, tal vez aquello sería el refugio.

"¡Hey, venir!, Mirar esto", gritó Beli, (Daba la impresión de que desde el incidente de los baños ya no le hacían un vacío tan brutal a mi pobre acompañante, y al menos se dirigían a nosotros en plural).

Cuando estuvimos a su altura me tomó del brazo apartándome un poco de Angela y me enseñó la entrada de la caverna que realmente era espectacular: "Los chicos han entrado y nos han dicho que es sensacional, tiene una cámara en la que entra un poco de luz por una grieta, cae sobre una formación de amatista y da una iluminación irreal, el fondo es de granito gastado, con dos palmos de agua termal calentita, ósea que puedes chapotear desnudo sin miedo a herirte".

Me tomaron cada una de una mano y me dijeron: "Vamos a explorarla", y en un tono más bajo añadieron: "Y de paso nos puedes explorar también a nosotras".

La verdad es que hubiera dado mi reino, por poder entrar alegremente en aquella gruta y dejarme amar por aquellas hembras, había una parte de mí que se sentía irremediabilmente atraído, y me dije a mí mismo que entraría puesto que no tenía fuerza de voluntad suficiente para rechazar aquella oferta.

Llegué a dar un paso adelante, pero me detuve en seco, había notado el efecto de un ancla en mi espalda y mi nuca, con un cable asido a ella que me impedía seguir avanzando.

Sin necesidad de volverme supe que era la mirada de Angela clavada en mi espalda, una mirada que sin hablar lo decía todo y me preguntaba: "¿Me vas a dejar aquí sola?".

Sentí también que las miradas de Beli y Luz se clavaban en mí haciendo que aumentara mi deseo, ellas parecían decir: "¿Por qué nos quieres traicionar?, nosotras te hemos dado amor y ella solo ha sido una carga para ti.

Llegado a este punto pareció que las fuerzas estaban absolutamente equilibradas y que cualquier insignificancia podía inclinar la balanza, entonces intervino una voluntad que emanaba de mí mismo y que se limitó a rememorar la imagen de Angela cuando estaba siendo ahogada por sus competidoras.

No hizo falta más, mis dos amigas me soltaron las manos como si les hubiera picado un escorpión, intuí que de alguna manera habían captado mi pensamiento como un espejo puesto frente a ellas mismas, en el que habían podido ver con mis ojos la maldad de su acción.

Yo dije casi en un susurro: "Lo siento... pero no puedo dejar a Angela sola...".

Por primera vez vi asomar la tristeza en sus rostros, era extraño ver esa expresión en unas personas que parecían incombustibles, pareció incluso que iban a llorar cuando Beli me dijo: "Esta bien, si esa es tu decisión la respetamos, pero no sabes lo que te pierdes, es mucho más de lo que crees".

Se retiraron sin odio, pero con la pena reflejada en cada movimiento. Cuando se perdieron camino arriba, en el primer recodo, me quedé contemplando el lugar por donde habían marchado, contagiado también de aquella tristeza, pensé que había perdido su amistad para siempre, aunque en realidad eran ellas las que habían perdido la mía con su comportamiento.

Me volví lentamente hacia Angela, cuando estuve a su altura me abrazó, y tras un rato de silencio me dio un beso de agradecimiento en la mejilla, que para mí tuvo más valor que cien frases grandilocuentes.

Me sorprendió la sensación de tener a Angela abrazada a mí, porque carecía por completo del erotismo provocador de las otras compañeras de excursión, era como una mezcla del abrazo de una amiga, una hermana y una hija y sin embargo me producía una emoción mayor que el de las otras, porque el de ellas era como una muestra o un preámbulo de una sexualidad incomparable, mientras que el de Angela era una muestra o un preámbulo de algo, para mí desconocido, pero que intuía que sería de más entidad, de mayor calado, que unos escarceos amorosos por fantásticos que fueran.

Continuamos caminando, por el sendero, al cabo de una hora de marcha, mi compañera empezó a dar muestras de agotamiento, cada vez se apoyaba más en mí, y estoy convencido de que sin mi ayuda no hubiera podido dar ni un solo paso.

Finalmente, cuando comenzamos a ver el perfil que marcaba el punto más alto de aquella sierra, vimos que Luz y Beli habían tenido la deferencia de esperarnos sentadas en una roca, del resto del grupo no quedaba ni rastro.

Me acerqué, cargando con mi exhausta compañera, junto aquellas dos muchachas que parecían tan frescas, como si no llevaran todo el día caminado. Estaba decidido a pedirles ayuda para mi desdichada amiga, pero no tuve demasiadas opciones.

Antes de que pudiera decir ni mu, Luz me soltó a bocajarro: "Bien, estarás satisfecho, has conseguido arrastrar a ese saco de carne hasta aquí, y por si no te has dado cuenta, está cayendo la tarde, dentro de poco habrá oscuridad total y las

temperaturas estarán bajo cero, el grupo que lleva las provisiones está muchos kilómetros por delante nuestro y para llegar al refugio hay que superar esta collada y volver a subir un buen trecho, así que tu sabrás que haces con ella, porque ni puede seguir adelante, ni desandar el camino, ya te dijimos de todas las formas posibles que no debía haber venido, pero claro, como al señor le gustaban esos ojitos azules y ese pelito rubio, quiso que su mascota le acompañara y pasarnos la responsabilidad a todos, yo también hubiera querido traer a mi vaca, pero al Final pensé que era mejor para ella que se quedara en casa".

Beli, añadió con un rostro muy serio: "Nosotras nos despedimos aquí, y no lo tomes como una mala pasada, caminando todo lo deprisa que nos permiten nuestras fuerzas llegaremos al refugio ya de noche, no podemos entretenernos ni un minuto más, no te digo hasta la vista porque intuyo que no nos volveremos a ver y no puedo desearte suerte porque no la mereces".

Se alejaron a paso muy vivo, y en minutos las perdimos de vista para siempre.

Aquella conversación había tenido un efecto demoledor en Angela, como si cada palabra fuera una piedra que la enterrara, curiosamente, yo estaba más enfadado que preocupado, no me había gustado que compararan a mi amiga con una vaca, ni que la llamaran "saco de carne" y en cuanto a la suerte... Pensé que no la necesitaba tanto como ellas creían, porque ahora que ya no tenía la preocupación de seguir a un grupo ni llegar a un punto determinado, podía decidir por mí mismo, y eso me daba una completa confianza.

Angela comenzó una conversación casi consigo misma, en un susurro se dijo que había sobrestimado sus fuerzas, que el exceso de entusiasmo la había perdido y ahora no sabía realmente que hacer y que lo que más mal le sabía era haberme comprometido a mí en su desventura.

De sus maravillosos ojos azules empezaron a caer lágrimas lentamente y eso para mí fue como un resorte que activó los recursos de mi mente al cien por cien, por supuesto no iba a permitir que sufriera ni un minuto más.

Corté su discurso con un discreto beso en los labios, me miró como sorprendida por mi atrevimiento, le dediqué una sonrisa y le dije: "No me mires así, tenía que cortar ese discurso negativo de alguna forma".

Sonrió suavemente y dijo: "No ha estado tan mal, hay formas mucho peores de cortar una conversación" y se quedó acurrucada con la cabeza apoyada en mi hombro.

En aquella situación aparentemente tan comprometida, yo estaba tan tranquilo porque guardaba un as en la manga, mejor dicho, en la mochila y pensé que ese era el mejor momento para jugarlo.

Miré seriamente a mi compañera de desdichas y le dije: "Bien señorita, imagina por un momento que yo tuviera magia y con un chasquido de dedos te pudiera sacar de este mal trago y trasladarte a un alojamiento confortable donde reposar, comer, tomar un baño caliente, etc... ¿Qué estarías dispuesta a darme a cambio como pago a mis servicios?".

La pregunta era deliberadamente capciosa, pero posiblemente Angela era demasiado noble para tomarla con suspicacia, así que en un tono apagado me dijo: "La verdad es que en este momento tengo muy poco que ofrecer, pero pídemelo lo que quieras y si está en mi mano, cuenta con ello".

"Por supuesto que tienes algo que ofrecer, y muy valioso, algo que ninguna mujer me ha dado jamás".

Su mirada reflejaba sorpresa, pero yo seguí mi discurso: "Y es... Una amistad desinteresada y sincera, sin reservas sin suspicacias, he conocido mujeres que me han dado amor, sexo, compañía, etc..., pero siempre con un fondo de mercantilismo, la más sincera de todas fue una prostituta que me pidió cien euros por gozar de ella una hora, las otras bajo una apariencia de amistad, amor, cariño etc.. intentaron conseguir en la mayoría de las ocasiones todo lo que yo poseía, incluyéndome a mí mismo".

Se abrazó a mí y me susurró al oído: "No te hacía falta pedir mi amistad, ya la tienes hace mucho rato".

"Entonces tendré que cumplir mi parte del trato, la verdad es que no tengo magia, pero hoy en día no hace falta, porque la suple la tecnología".

Realmente había ido muy bien preparado a la excursión, en pocos instantes, el localizador vía satélite me señalaba nuestra posición exacta, seguidamente el miniordenador portátil me daba, vía Internet un mapa detallado de la zona, con localización exacta de cualquier albergue, refugio etc...,

Estaba decidido, solo había uno relativamente cerca, la página Web, lo describía como una pequeña maravilla con una vista privilegiada y un servicio de superlujo destinado a unos pocos clientes, que pudieran pagarlo por supuesto.

Después de marcar el teléfono crucé los dedos para que tuvieran una habitación libre.

A la tercera llamada descolgaron y una voz amabilísima me comunicó que efectivamente tenían plazas libres de hecho, todo el pequeño hotel estaba libre, el único problema era el acceso, ya que una avalancha había derruido el puente sobre el desfiladero y ni una ardilla conseguiría acceder, por lo demás ningún problema, tenían abierto, todo funcionaba y si llegábamos estarían encantados de servirnos.

Mi respuesta fue clara, prepárenos la mejor suite y una cena excelente porque llegaremos dentro de poco, vía aérea.

El siguiente programa era una verdadera maravilla de la técnica, solo había que suministrarle los puntos de salida y llegada en el mapa, el tipo y envergadura de parapente del que se disponía, y el peso de la carga total.

El resto, incluyendo la meteorología, lo obtenía él, vía Internet, seguidamente trazaba una ruta exacta, con los lugares donde había que formar espirales para aprovechar las corrientes ascendentes, los tiempos, la altitud en cada punto del viaje, etc. esos datos se traspasaban a otro aparato. del tamaño de una pitillera, pero que contenía altímetro, brújula, GPS, anemómetro, y una pequeña pantalla que en todo momento indicaba el rumbo y altitud idóneos, los reales y las correcciones que debían hacerse.

Angela observaba todas las maniobras algo sorprendida, viendo como extendía el parapente sobre la hierba, se dejó poner el arnés dócilmente, le dije: "Ahora tendremos que correr un poquito, pero es cuesta abajo y será el último esfuerzo que tengas que realizar".

Imagino que esto la animó y corrió junto a mí como una gacela, en segundos dejamos de tocar el suelo con los pies y el parapente se elevó con una facilidad pasmosa, o Angela pesaba menos de lo que aparentaba o tal vez una ráfaga puntual nos ayudó, pero el caso es que en un instante estuvimos a gran altitud.

Atravesamos cumbres nevadas, bañadas por los rayos anaranjados de la puesta del sol, la belleza de aquel paisaje era sobrecogedora y nosotros volábamos como en una especie de ballet místico, suficientemente alto como para tener buena vista, pero no lo bastante como para perder los detalles y a una velocidad ideal para contemplar todo.

Desde aquella altura intenté descubrir a nuestras dos excompañeras de excursión, al grupo de cabeza y el refugio donde pretendían llegar, pero fue inútil, y lo curioso es que tampoco había aparecido en el plano del ordenador, sería alguna cabaña no registrada en los mapas topográficos.

El viaje fue placentero y sin incidentes, seguí con facilidad las indicaciones de mi aparatillo y al atravesar una cresta montañosa contemplamos el valle donde se encontraba, el hotelito.

El paisaje y las edificaciones formaban un conjunto tan armonioso, que de no verlo con mis ojos hubiera pensado que la foto estaba trucada por ordenador. Era una maravillosa casa de piedra, de estilo inglés, con algunos elementos góticos, compuesta de diferentes secciones, con patios interiores y corredores cubiertos sobre arcos de piedra.

Las plantas trepadoras cubrían justo la parte necesaria para añadir más belleza y cada árbol, cada glorieta, paseo o fuente era de por sí una joya perfectamente integrada con el resto.

El entorno, más que un valle natural, parecía creado por el mismo decorador que hubiera diseñado la casa, las crestas nevadas al fondo, la estilizada cascada, el pequeño lago, la planicie que se curvaba suavemente hacia el valle, todo era perfecto.

Aterrizamos muy suavemente, cuando faltaban centímetros para tocar el suelo tuve la impresión de que íbamos a quedar suspendidos.

Frente a nosotros un empleado elegante y cordial nos recibió con toda naturalidad, como si cada día le llovieran los clientes del cielo.

"Adelante por favor, no se preocupen por su equipo, ya nos encargaremos de recogerlo, imagino que estarán cansados, querrán bañarse y cenar, su suite está preparada".

El interior del hotelito no nos defraudó, a pesar del lujo con el que estaba decorado, no había perdido la naturalidad, cada rincón era muy acogedor y distinto a los demás, pero integrado en un conjunto armonioso. Cada detalle parecía buscado en el mejor anticuario del país y colocado con sabiduría y buen gusto.

Por más que me hubiera esforzado no hubiera sido capaz de modificar nada que mejorara el conjunto.

Pasamos a nuestra habitación, que en realidad ocupaba por completo una de las edificaciones anexas, se accedía por una pequeña galería gótica suspendida sobre un pequeño puente en arco, una vez en el interior, comprobamos que dos de las paredes estaban formadas por la roca de la montaña y las otras dos se abrían hacia el valle.

La propia roca formaba la cabecera de la enorme cama, cubierta por una piel que me recordaba el visón, excepto porque parecía de una sola pieza y no hay visones de ese tamaño.

En la pared contigua, se alzaba una fantástica chimenea excavada en la roca, en la que unos gruesos troncos ardían lentamente, en la misma pieza, pero a un nivel ligeramente inferior estaba el baño.

La inmensa bañera en la que hubieran cabido cómodamente cuatro personas parecía tallada en la piedra, pero pulida de tal forma que no había ninguna arista ni rugosidad que molestara. Un apenas audible caudal de agua termal la mantenía siempre en un nivel y temperatura óptimos.

Dos palmos más arriba se abría una balconada cubierta, de estilo inglés, cerrada con vidriera emplomada y con una preciosa mesa, ni grande ni pequeña para que una pareja cenara con comodidad.

El asistente nos dijo: "Instálense cómodamente y cuando lo deseen les traeremos la cena", mientras señalaba una banda de tela bordada que colgaba del techo. Acto seguido se retiró con toda discreción.

Nos encantó poder quitarnos toda la ropa sucia y la parafernalia de excursionista que se perdió en el inmenso armario. A un lado colgaban unos albornoces de seda y una especie de quimonos que curiosamente coincidían con nuestra talla.

No pude ni quise evitar echarle un discreto vistazo a Angela mientras se desnudaba.

Aunque solo la vi por detrás, me pareció preciosa, su cuerpo emanaba una suavidad y dulzura que nada tenían que ver con la rotundidad lujuriosa de las otras dos excompañeras de excursión.

Parecía que el trato de: "amistad, confianza mutua etc." funcionaba, porque no había tenido inconveniente en desnudarse delante de mí, mientras me comentaba que estaba realmente exhausta.

Iba a ponerse al albornoz, pero no le di tiempo, la tomé suavemente en brazos y le dije: "Pues ven aquí pajarillo, te mereces un baño y un masaje de relajación", y me dirigí con ella a la bañera.

Realmente era cierto que pesaba menos de lo que aparentaba, o yo me había vuelto más fuerte.

Era curioso pensar, como algunas vivencias intensas, pueden unir a dos personas como si fueran amigos de toda la vida, aquella muchacha, a la que un día antes no conocía de nada, estaba desnuda, cogida de mi cuello dejándose llevar a una bañera que sin duda compartiríamos.

De lo que si estaba seguro es que no era una mujer ligera que se enrollara fácilmente.

Entré en la bañera llevándola en brazos, en ningún caso la hubiera bajado antes de llegar al agua, porque no habría podido ocultar la erección completa que tuve en cuanto noté su cuerpo junto al mío.

Pensé que el agua me "tranquilizaría", pero para mi horror no fue así, entre otras razones porque el baño estaba a una temperatura ideal.

Me arrodillé dejándola flotar, al hacerlo pude contemplar su parte delantera desnuda, lo cual no contribuyó precisamente a rebajar mi erección.

Me estiré a su lado con la cabeza apoyada en el borde granítico de la bañera y nos quedamos quietos en silencio, disfrutando del momento.

Al cabo de unos minutos, se volvió hacia mí pegándose a mi hombro y cadera y me dijo: "No te imaginas como te agradezco todo lo que has hecho por mí".

Aquella simple frase me impactó más que un discurso, pero no tuve la oportunidad de contestarle porque en ese momento me abrazó lateralmente con sus piernas y su rodilla notó mi pene que con aquel abrazo se encontraba ya duro como la piedra.

Su expresión cambió de relajada a divertida y poniéndome un dedo en la nariz dijo sonriendo: "¿Qué es esto que te has traído a la bañera?".

Yo estoy seguro de que me puse colorado como un tomate y perdí todo mi aplomo, contesté balbuceando algo así como: "Oye no pienses que yo... esto es un reflejo físico incontrolable, además con el agua caliente y la relajación...".

"Vale, eso quiere decir que no me encuentras atractiva".

"Claro que te encuentro atractiva", protesté airado, y mucho, lo que quiero decir es que no tengo malas intenciones hacia ti".

"Menos mal, aunque la verdad después de que comparta contigo baño, habitación y cama, pocas cosas te quedarán por hacerme".

Pensé que tenía razón, pero que esas pocas cosas, podían ser precisamente las más interesantes.

El hecho de que descubriera "mi secreto" y se lo tomara tan a bien, me dejó más tranquilo, le hice un masaje en los hombros, otro en las caderas, y no me atreví con los pechos.

Luego descubrimos un hueco en la piedra de la pared, en el que había una botella de champagne en hielo y dos copas y nos dimos cuenta de que hacía mucho que no bebíamos nada.

En cuestión de minutos la botella quedó vacía y eso contribuyó a relajar el ambiente, Angela se situó flotando encima mía abrazándome suavemente y esta vez me importó un comino que notara mi erección.

La besé, primero suave y luego apasionadamente, osé acariciar sus suaves nalgas, pero no me atreví a ir más allá, y como ella tampoco dio ningún paso más, nos quedamos en un punto muerto, nuestros cuerpos abrazados en aquella agua perfecta, su pelo cayendo sobre mi pecho, me podía haber quedado así el resto de mi vida, pero notaba que faltaba algo.

Sin embargo, fue ella la que me sacó del letargo diciendo: "Estoy muy bien aquí contigo, pero estaría mejor si comiera alguna cosa, tengo un hambre terrible".

"No faltaría más, que mal anfitrión soy". Salimos de la bañera, la fui secando dulcemente, no sé por qué razón, puesto que ella tenía dos manos y no estaba inválida, pero sentía que debía hacerlo yo, como si se tratara de un ritual inamovible.

Nos pusimos unos fantásticos albornoces de toalla, gruesos pero ligeros, y estiré de la cinta que llamaba al servicio, me pareció escuchar un lejano tañido de campanas.

Al cabo de pocos segundos, la puerta se abrió y una encantadora muchacha, pequeña pero linda como una muñeca, nos dijo: "¿Los señores desean cenar por casualidad?".

"Pues... sí gracias".

"Me he permitido traerles una selección de nuestras especialidades, (dijo empujando un carro de doble piso, decorado exquisitamente) pero si desean otra cosa, estoy completamente a su servicio".

Al retirarse, me acerqué a cerrar la puerta y me dijo casi en un susurro: "No dude en llamarme si necesita lo que sea, no importa que sea tarde porque mi habitación está aquí mismo", dijo señalando la puerta contigua, "Además soy enfermera y masajista".

Tal vez en otro momento me habría preocupado de indagar discretamente si la frase: "Estoy completamente a su servicio", en boca de una muñequita así, tenía segundas intenciones, porque se daba la circunstancia de que las muchachas pequeñas, pero con un tipo perfecto, como muñecas vivas, eran uno de mis grandes fetiches sexuales, pero en aquel entonces Angela ocupaba todo mi horizonte y no había lugar para devaneos.

Nos instalamos, en la mesa junto al balcón cubierto, frente a nosotros se desarrollaba el lento espectáculo de una puesta de sol con una belleza sobrecogedora, los últimos rayos de luz, al incidir en la mesa, hicieron que las copas destellaran de tal forma que por un momento creí que podían ser de diamante, pero evidentemente eso era imposible, sería un cristal de roca muy especial, la cubertería parecía de oro, y la cerámica de la vajilla era realmente sublime, tanto que apenas ensuciaba comiendo en ella, pero el apetito hizo que las divagaciones duraran escasos segundos. A pesar del hambre, comíamos lentamente, con deleite, saboreando cada bocado.

La selección que nos habían traído era increíble, porque la mayoría de los alimentos no podía identificarlos, ni por aspecto ni olor ni sabor, pero eran una combinación

muy sabia de texturas gustos y aromas, con el único denominador común de la suavidad y la delicadeza, no había un solo bocado con sabor fuerte, ni picante ni ácido,

La bebida era otro champagne, distinto al anterior, pero aún mejor si cabe, imagino que de una gran calidad porque a pesar de ser seco, era aromático y con un paladar afrutado, y lo más importante, aunque íbamos por la segunda botella, me sentía con una mezcla de relajación y euforia pero sin atisbo de mareo.

Me sorprendió que la botella no llevaba marca alguna y por su forma y color liliáceo, parecía sacada de un anticuario en lugar de una bodega.

Al acabar los postres ya casi había oscurecido y se podía apreciar la delicada iluminación de los candelabros.

Nos quedamos arrellanados en aquellas butacas, contemplándonos con una mezcla de simpatía y satisfacción.

Aquella luz tenue y cálida, le daba mayor belleza a mi compañera de aventuras, por un momento pensé que me gustaría contemplar el resto de su cuerpo bajo aquella luz.

De inmediato me pareció ver un destello de picardía en los ojos de Angela, como si me hubiera captado el pensamiento, no me atreví a insinuar nada, pero fue ella la que me dijo: "La cena ha sido perfecta, pero no me quedaré del todo satisfecha hasta que me des el masaje que me has prometido".

"Un caballero siempre cumple su palabra", le dije tomándole la mano y acompañándola hacia la enorme cama.

Levanté las coberturas y aparecieron unas sábanas que compartían la suavidad de la seda con la calidez de la felpa.

Me situé detrás de Angela y tomé el albornoz que ella se dejó quitar dócilmente, luego se estiró muy relajadamente boca abajo, yo también me quité el albornoz y busqué entre unos grandes frascos cuadrados de cristal tallado.

Cada uno tenía una plaquita dorada, indicando su contenido y propiedades, me quedé con uno que ponía: "Crema de masajes, de efectos relajantes y afrodisíacos".

Tomé una porción y comencé a extenderla por su espalda comenzando por los hombros. A medida que continuaba con el masaje, notaba que mi amiga se relajaba placenteramente, su rostro adoptaba una expresión muy dulce.

Imaginé que gran parte del mérito no era mío, aquella crema tenía un olor embriagador, pero no cargante, era muy lubricante pero no aceitosa, dejaba circular

las manos con suavidad y en cuanto a los efectos afrodisíacos, por el resultado imaginé que los tenía.

Consideré si debía haberle consultado a ella este detalle antes de aplicárselo, pero automáticamente lo descarté, no tenía objeto hacerlo porque, aunque el efecto llegara a ser importante, ella estaba solamente conmigo, y yo era de confianza.

Al llegar a las nalgas me detuve y seguí por los pies, luego fui subiendo por sus pantorrillas, separé sus piernas para poderlas trabajar individualmente, y las noté tan relajadas que temí que estuviera a punto de dormirse.

La verdad es que, con el cansancio de la excursión y la tensión de las aventuras pasadas, más el baño termal y la cena con champagne, no la podría criticar si se quedaba como anestesiada.

Pero pensé que todavía no era el momento adecuado y adopté una táctica descarada, continué el masaje subiendo por sus piernas, trabajado la parte trasera y las laterales, llegando hasta sus ingles, allí me estremeció notar la suavidad de su vello púbico, seguí con sus nalgas, le separé aún más las piernas sin recato alguno y con toda malicia le apliqué aquella crema en la regata que formaban, paseando mis dedos por el exterior de su ano y llegando a los labios vaginales..

Un suave estremecimiento me delató que o no estaba completamente dormida, o mi masaje la había despertado, así que pasé a la segunda fase, le cerré las piernas, me puse a su lado y suavemente la hice rodar hasta dejarla boca arriba.

El espectáculo era como esas puestas de sol en un atolón de coral, aunque la hayas visto muchas veces, no puedes por menos de quedarte extasiado.

Su expresión angelical, su pelo rubio, su cuerpo formaban un todo armonioso, de una dulzura tal que al contemplarla la emoción hacía que las lágrimas quisieran aflorar a los ojos.

Al estar boca arriba, me daba mayor recato comenzar el masaje/caricia, por fin me decidí, comenzando por los pies y subiendo hacia las rodillas, esta vez al acercarme a sus ingles no me atreví a tocar su zona púbica, y mis manos se desviaron hacia las caderas, en aquel momento una suave sonrisa se dibujó en su rostro y respiré aliviado, porque si sonreía quería decir que no estaba enfadada, incluso tal vez le gustaba.

Eso me animó a subir por el vientre hasta llegar a los senos, eran tan suaves, su tacto era tan delicado que acariciándoselos llegué a perder la noción del tiempo, hasta el momento en que ella abrió los ojos y alargando su mano puso sus dedos sobre mis labios.

Eso podía significar muchas cosas, pero yo automáticamente tomé la opción que más me interesaba, así que muy despacio situé mi cuerpo encima del suyo y la besé. Al notarme encima hizo un pequeño gesto de sorpresa, pero no de resistencia ni desagrado, así que decididamente fundí mi boca con la suya.

Sé que una boca humana no es un manjar que pueda satisfacer el sentido del gusto, pero la suya puedo asegurar que sí, de hecho, además, estaba satisfaciendo el resto de mis sentidos al mismo tiempo, el olfato porque su cuerpo exhalaba un finísimo aroma natural que parecía provenir de sí misma y no de un perfume aplicado, el oído porque aunque no dijera nada su respiración y algún suave gemido que se escapaba de sus labios, entre beso y beso, eran más armoniosos que el mejor de los conciertos, la vista, porque cualquier parte de ella que se mirara era pura belleza, y por supuesto el tacto, ya que además de percibir todo su cuerpo junto al mío, notaba sus manos paseando suavemente sobre mi nuca y espalda.

Doy mi palabra de que, en aquel momento, yo no tenía la idea de penetrarla y hacer el amor al completo con ella, pero tampoco tenía la idea de no hacerlo, de hecho estaba en éxtasis y no tenía idea alguna, pero sus piernas abiertas formaban un embudo que conducía mi pene a sus labios vaginales que parecían atraerlo.

Me sorprendí cuando tomó mi cara entre sus manos y clavándome los dulces dardos azules de sus ojos me preguntó: "¿Estas pretendiendo hacerme el amor sin mi permiso?".

Me quede helado, porque me di cuenta de que efectivamente, mi pene, como si tuviera vida propia, había comenzado una incipiente penetración, imagino que me ruboricé como un colegial, pero yo respecto a este tema tenía mis propias ideas y no dudé en explicárselas.

"Mira, en realidad yo solo pretendo acariciarte para expresarte mi ternura, también quiero que mis caricias te den bienestar y placer, y las caricias no pueden hacerse de cualquier manera, de la misma forma que no te acaricio la espalda con mi cabeza, y he acariciado tus labios con los míos, hay una parte de ti que es tan sensible tan delicada que solo la puedo acariciar con mi piel más delicada y sensible, sé que este es un acto que todavía contiene grandes tabúes y ritualizaciones, porque antiguamente estaba ligado a la reproducción y la transmisión de la información genética, pero por suerte en la raza humana ya no es necesariamente así, ahora podemos acariciar el interior de una amiga sin que por ello tengamos el propósito de hacerle un hijo y menos aún de someterla o abusar de ella".

Su mirada se dulcificó y con un susurro me confesó: "Pero hay caricias tan íntimas, que yo creo que solo deberían hacérselas aquellos que estén completamente enamorados".

En el mismo tono le contesté: "En ese caso, por mi parte no te preocupes porque, aunque hace tan poco tiempo que te conozco, estoy completamente enamorado de ti, en este momento cualquier cosa que no sea pasar el resto de mi vida contigo me parece absurdo, pero ¿Y tú?, porque estar enamorado es cosa de dos".

Por toda respuesta me besó, bajó sus manos hacia mis nalgas y con dos suaves presiones hacia arriba y el ondulante movimiento de su cuerpo hizo que la penetrara.

En el momento en que estuve dentro de ella, tuve la sensación de que había puesto en marcha algún tipo de sutil mecanismo que obraría sobre mí y me transformaría.

Era como si su cuerpo fuera una puerta a otra dimensión, o tal vez una trampa, y si continuaba haciéndole el amor, caería sin posibilidad de retroceso.

Evalué mi decisión durante una fracción de segundo y seguidamente pensé con fuerza: "Llévame a donde quieras y haz conmigo lo que desees, hasta que te conocí mi vida no había valido nada, si comparo este momento con todos los instantes de felicidad que mi esposa me ha proporcionado en diez años, sería semejante a un sol comparado con cuatro velas".

Fue como pronunciar una fórmula mágica, tuve la sensación deirme fundiendo con ella, de descender centímetro a centímetro y que nuestros cuerpos se fueran interpenetrando hasta ocupar el mismo espacio.

Podía sentir lo que sentía ella y noté que, en su cuerpo, el placer no era tumultuoso y acelerado como en el mío, sino con una sensación de paz y armonía que yo jamás hubiera podido imaginar, y que su amor no se basaba en el deseo y la posesión del otro sino en la entrega, el deseo de hacer el bien.

Lo que en mí era pasión en ella era infinita ternura, perdí por completo la noción del tiempo y del espacio e incluso dejé de percibir las informaciones y estímulos que mi cuerpo enviaba a mi mente, no es que se cortaran, como si me anestesiaran, sino que quedaban tan diluidos ante el aluvión de información nueva que eran como intentar escuchar el canto de un grillo al pie de una cascada.

Noté que mis pensamientos y emociones se iban mezclando con los de ella e iban cambiando pero sin perder nada del original, es como si a un vaso medio lleno de leche le añades un café, la leche se oscurece, cambia de color y de sabor, pero sigue estando allí, no se ha perdido ni una gota, ni tampoco sus propiedades, solo se le ha añadido algo más, lo que ignoraba es si ella estaría sintiendo lo mismo a la inversa.

En un destello fugaz tuve la idea divertida, de que, en este caso, en lugar de inseminarla yo físicamente, me estaba inseminando ella mentalmente, o tal vez las dos cosas al mismo tiempo, lo cual era como si en un intercambio de regalos le diera un mechero a una amiga y ella la titularidad de un palacio en Venecia.

Ella captó mi pensamiento y se río sin reírse y me habló sin palabras, su idea fue algo así como: "Eres tonto, yo no te insemino mentalmente, tú has venido a fundirte en mí porque has querido".

"Es verdad", le tuve que confesar, de todas formas, tuve la impresión de que, así como yo había entregado todo mi ser, de ella solo había captado una mínima parte, y no porque se hubiera cerrado, sino porque su espíritu era demasiado grande y yo no tenía capacidad para captarlo.

Me sentía como esos bebés que con su minúscula mano apenas pueden asir un dedo de un adulto, porque además a través de ella sentía que estaba en contacto con algo tan inmensamente grande que daba vértigo.

Angela estaba siendo para mí como una puerta a otra dimensión, yo era como un pequeño ordenador que conecta con otro mayor, que a su vez comunica con una enorme red planetaria.

No sé cuánto tiempo pasamos amándonos de aquella forma, ni siquiera tuve noción de experimentar orgasmos, es más, en comparación con lo que estaba sintiendo, un orgasmo me parecía poca cosa, algo vulgar, como intentar darle un sonajero a un filósofo para que se distraiga.

Después de un tiempo que no sabría decir si fueron minutos, horas o días completos, me quedé a su lado contemplándola con una ternura infinita.

Acariciándola suavemente le dije: "Ni en cien años te podría explicar cuanto te amo".

Me sonrió dulcemente y me dijo con un toque de picardía: "¿Y a las otras también las amabas?".

"Ahora sé que no", le contesté, "Ahora sé que nunca he amado de verdad, había tenido relaciones más o menos agradables con otras mujeres, había sentido placer, pero nada comparable a este sentimiento".

Los siguientes días transcurrieron como en una especie de éxtasis. Al estar el hotel incomunicado, nos pertenecía por completo, la discreción del personal hacía que solo aparecieran en el momento preciso, el resto del tiempo eran invisibles, así que lo mismo podíamos correr desnudos por las suaves praderas frente al balcón de nuestra habitación que bajar a la gruta iluminada con pebeteros de llama rojiza, donde el vapor del agua termal del estanque proporcionaba un ambiente onírico.

Todo era perfecto, todo... excepto un extraño pensamiento que pugnaba por nacer en mi mente y al que yo mantenía paralizado, sin dejarlo desarrollarse, sin embargo, iba creciendo poco a poco sin que pudiera frenarlo, así hasta que en un

momento de tantos, en que contemplábamos una puesta de sol perfecta, Angela me hizo la pregunta: “¿Me explicarás finalmente lo que te preocupa o tendré que averiguarlo yo?”.

Su pregunta actuó de catalizador y no pude impedir que los pensamientos reprimidos hasta entonces cobraran forma al mismo tiempo que decidía que debía explicárselo, aunque eso, tal como temía, rompiera la magia.

"Bueno.... Yo no sé cómo explicarme, pero..... Esto no puede ser real".

"¿Por qué?", me preguntó abrazándome con una fuerza inusual en ella, "¿No te parezco real yo y este abrazo?".

"Por supuesto que me lo pareces, pero todo esto es imposible, ¿No te das cuenta de que todo es perfecto?, corremos desnudos por las praderas sin notar la molestia de una piedrecilla, ni pasar frío ni calor, todo es tan armonioso que parece el decorado de una película, es como si lo hubieran creado para nosotros, como si el Sol las nubes, los pájaros, la gente, todo girara en torno nuestro y estuviera a nuestro servicio. Yo mismo, ahora recapacitando, ni siquiera sé de dónde saqué todos esos artilugios técnicos con los que te traje aquí, son de película de ciencia-ficción, y mi relación contigo es tan maravillosa que es imposible en este mundo".

Me miró dulcemente y me dijo: "Claro que es posible en este mundo, el problema es: ¿En qué mundo crees tú que estamos?".

Me quedé estupefacto y deprimido, lo que yo sospechaba, era todo un sueño, así que me dije a mí mismo: "Bien ahora te despertarás", pero no me desperté, ni aun recurriendo al viejo truco de darme un buen pellizco.

Angela me miraba divertida, anticipándose a mi pregunta me dijo: "No es un sueño y no soy producto de tu imaginación, existo realmente".

"Tengo tantas preguntas que no sé por dónde empezar, así que ¿Por qué no me lo explicas todo?".

"No va a ser fácil, porque en muchas cuestiones no tienes ningún punto de referencia para establecer una comparación, pero lo intentaré".

"Lo que tú tomas como el mundo real, no lo es, tu cuerpo no eres verdaderamente tú, sino una especie de traje prestado por breve espacio de tiempo para realizar una misión. Lo que consideras una larga vida, a otro nivel es apenas un instante, los seres humanos, sois una única especie, pero que comienza más abajo de los insectos y se va perfeccionando espiritualmente vida tras vida, hasta llegar a un punto en que no necesitan reencarnar en esa burda dimensión material. Pero de la misma forma que un pez es muy diferente a ti, aunque tras innumerables vidas pueda parecerse a ti, tú también eres muy diferente a un humano de baja categoría

espiritual, aunque penséis que todas las personas sois básicamente iguales no es así, él estará más cerca del chimpancé y tú más cerca de mí".

"Entonces tú...".

"Soy alguien que ya dejó hace tiempo la dimensión terrenal".

"Por tanto no eres realmente una mujer, sino una especie de Angel".

"!Claro que soy una mujer!, pero que ha llegado al estado que tú puedes alcanzar dentro de poco. Si no estuvieras tan cerca de mí en la evolución, no hubiera podido existir el amor entre nosotros, nos separa muy poca distancia, pero existe una barrera que debes saltar".

"Bien, hasta aquí alcanzo a comprender, pero entonces... ¿Dónde estamos?, y si este lugar no es material, ¿Dónde estoy realmente yo en este momento?".

"Te responderé por partes: Tú estás realmente aquí, pero tu cuerpo, que no lo olvides, es tuyo, pero no eres tú, está en la bañera de tu casa, has resbalado y tienes una fractura craneal".

"¿Estoy muerto?".

"No, pero puedes llegar a estarlo sin despertar, en este caso depende únicamente de tu voluntad, estás en una delgada línea entre la vida y la muerte, por eso te encuentras en esta dimensión, que no es más que el complemento espiritual del nivel en que vives. Actualmente te encuentras en la que podría ser tu última vida en esa dimensión de sufrimiento que algunos catalogan como el infierno".

"Así que ahora estamos en el salón de lujo del infierno, infierno que en realidad es lo que yo creía el mundo real, entonces aquellas otras chicas, ¿Eran acaso.....?".

Angela río: "Si, son lo que piensas, pero tienes una idea completamente equivocada de lo que tú podrías llamar los demonios. Ellas son seres como tú o como yo, que al llegar a un grado espiritual muy elevado decidieron no dar el salto, prefirieron ser cabeza de perro que cola de león y quedarse en este plano, y no son básicamente malas ni perversas, están sinceramente convencidas de su idea, e intentaban que tú la compartieras".

"Bien, pero sí tú eres una especie de ángel, ¿Qué haces aquí?".

"En cuanto a mí, yo me encuentro aquí como pez fuera del agua, imagínate una bailarina clásica, danzando dentro de una piscina llena de barro. Solo pude entrar por tu voluntad, porque como individuo muy evolucionado que eres, quien realmente tiene poder en esta, que todavía es tu dimensión, eres tú".

“Pues la verdad es que este lugar no parece muy horrible”.

“El hecho de que todo sea tan maravilloso es porque lo has creado así para mí, una especie de cascarón para protegerme, porque yo aquí soy muy frágil, lo hiciste a partir de que nos quedáramos solos en la cima de la montaña”.

"Lo que yo me temía, nada de esto existe, es un invento mío creado en un plano fuera de la realidad".

"No te equivoques, si un albañil construye una casa, la casa existe realmente. En cuanto a la realidad, este es el mundo real, el que tú llamarías el plano mental o espiritual, lo que es una especie de decorado es el otro, el material. Piénsalo, ¿Cómo puede ser real algo que apenas permanece unos instantes, como un espejismo?. Tú crees que ochenta años es un periodo largo, porque no tienes otra referencia, pero apenas es un parpadeo, cuando una estalactita de una caverna haya crecido un palmo, no quedará en ese mundo nadie ni nada que conozcas, y el tipo de vida será tan diferente que si lo vieras pensarías hallarte en otro mundo".

"Entonces, las demonias, ¿Qué es lo que realmente pretendían?".

"Que te quedaras aquí con ellas en este plano, sin evolucionar más, pero no pienses que para esclavizarte o maltratarte, ni mucho menos, ellas a su manera hubieran intentado hacerte feliz y realmente les entristeció que rechazaras su propuesta. Alguna de vuestras religiones habla de recompensas como esa historia que has tenido con ellas, basándose en conocimientos transmitidos por alguien con alguna vivencia como la tuya, aunque completamente desvirtuados".

"Así que el paraíso que ofrecen algunas religiones... ¿Es en realidad quedarse en el infierno con las demonias?".

"No lo veas así, es como el que sube una montaña para gozar de la vista, puede quedarse a media ladera y conformarse con el paisaje limitado que se divisa desde allí, o sacrificarse y subir hasta la cima para tener una perspectiva completa. Si a mitad de camino encuentras alguien sentado que te dice que no quiere subir más y que te quedes con él a compartir su merienda, no tiene por qué ser una mala persona".

"Entonces: ¿Qué posibilidades tengo?".

"La primera, no despertar jamás, quedarte aquí a compartir esta vida con tus amigas".

"No podría, aunque quisiera, no sé ni donde están".

"Claro que lo sabes, en la habitación de al lado tienes una, ¿Te acuerdas de la camarera que estaría dispuesta a complacerte en todo lo que quisieras?".

"¿Pero entonces ella también es...?".

"Por supuesto, ¿Qué pensabas?".

"¿Y la segunda posibilidad?".

"Volver a la vida terrenal, padecer los años que te quedan, sufrir la presencia del ser poco evolucionado que te ha tocado por compañera, y así acabar de elevarte espiritualmente para subir ese pequeño espacio que te falta para pasar el listón".

"¿Y si no lo consigo?".

"Reencarnar y vivir otra vida de sacrificio, pero no seas pesimista, té falta muy poco".

"Pero tú no apareces en ninguna de las dos opciones".

"Yo te estaré esperando al final de la segunda opción".

"Entonces no tengo la menor duda, viviré esa porquería de vida que me falta. De todas formas como tú dices que ochenta años son apenas un parpadeo, pues... Hasta luego".

Dicho esto, le di el beso más apasionado del que mi alma fue capaz, mientras sentí que me hundía en una especie de negrura y comencé a notar una sensación que ya casi tenía olvidada: ¡El dolor!. Abrí los ojos y me encontré tirado en la bañera de mi casa con la cabeza a punto de estallar.

Lo curioso es que, así como los sueños se diluyen en el recuerdo sólo despertar, esta vivencia la sigo manteniendo fresca con todo detalle en mi memoria, aun ahora, veinte años después, puedo cerrar los ojos y sentirla a mi lado.

En este tiempo me he separado, porque vivir en este cochino mundo ya es suficiente castigo como para tener encima que aguantar al monstruo de mi exmujer. Luego creí haber encontrado otra compañera que me ayudara a llevar una vida más digna, pero poco a poco fue cambiando hasta convertirse en una especie de clónica de la primera, nunca sabré si ya era así y yo no supe verlo o cambió irremediablemente porque ese era mi destino. De todas formas, ya no me importa demasiado, he pasado ya medio parpadeo y estoy esperando que pase el otro medio, por dura que sea la subida, sé que Angela me aguarda en la cima.

FIN...